

# La muerte de un soñador

Rafael de Naranjo



## Capítulo 1

La muerte de un soñador

Rafael de los Naranjos

Thibault Lavigne no estaba muerto, pero sí apestaba como uno. En el espejo oxidado observó el semblante de un hombre más viejo que la casa de madera que habitaba. Ambos se encontraban igual de descuidados y corrompidos por el tiempo, y los dos parecían haber perdido todo lo que les hizo una vez especiales. Repugnó su imagen, su pelo reseco, barba de cabra, sus costillas de perro hambriento y los ojos grises, de un hombre que había perdido la ilusión por vivir. Antes de irse a dormir, Lavigne se había puesto a salvo de los tormentos de la memoria con los últimos gramos de opio afgano. Bajo la tenue luz de la mañana, un dolor punzante en las entrañas hizo que se despertara de golpe, solo para encontrarse una danza de mosquitos y moscas que invadían su piel y se alimentaban de su sangre. Gritó. Agarró las sábanas, que hedían a sudor y a opio, las agitó para ahuyentar a los insectos hacia la ventana. Después de un torbellino de bramidos y maldiciones hacia los zancudos y las moscas, se detuvo para observar su pierna, tras sentir en la tibia una horrible quemadura. Se había convertido en un campo de ronchas ardientes. Mientras perforaba su piel con las uñas carcomidas, maldijo a esa casa miserable, a sus paredes desteñidas y cortinas rotas. Injurió a los mosquitos, al calor de aquella isla, al caribe y a sus habitantes y a todo lo que pudo imaginar en aquel trance de histeria. Su furia aumentó cuando dos moscas verdes se posaron en su nariz. Las ahuyentó con las manos, pero volvieron a instalarse en él. Cogió la pipa de opio de su mesa de noche, abrió la gaveta y sacó una lata de té. Al ver que no quedaba más opio, lanzó la lata y, de un golpe, estampó la pipa contra el suelo de madera. Esta se rompió en pedazos. Pegó un golpe al armario viejo y agujereó la puerta de un puñetazo. El dolor relajó su furia y se expuso al aire libre en el balcón de su cuarto para que la luz del amanecer calmara sus nervios. Respiró hondo mientras rascaba su barba rubia y descuidada. Se recostó en la hamaca. Intentó apaciguar su conciencia y el dolor de su estómago al escuchar el oleaje del mar y los gritos de las guacamayas, pero ya ni siquiera aquello conservaba el encanto.

Cuando el sol empezó a comer su carne, se abrió paso escaleras arriba, hacia el desván. La puerta chilló al abrirse. El interior estaba en penumbras. En su camino para correr las cortinas, tropezó con un bastidor y atravesó un lienzo con su pie. Los gritos de un loro asustado resonaron en una esquina. Thibault maldijo entre dientes al percatarse de la presencia del animal. Puso su mirada en el desastre del suelo.

“¡Luan!” llamó a su sirvienta. La puerta volvió a chillar cuando entró.

– ¿Se puede saber por qué no limpiaste anoche? ¡He roto un lienzo!

¿sabes cuánto cuesta?

Luan negó con la cabeza, y, avergonzada, respondió que no lo sabía. Le explicó que no había limpiado el estudio porque pasó toda la noche recogiendo los platos que él destruyó en la borrachera y que se le había olvidado sacar a Capitán Dumas para limpiar su jaula a causa de los muchos encargos que realizó durante la semana. Thibault no le hizo caso, le dio unos francos para que comprara otro lienzo del puerto. Miró el reloj del estudio colgado en la pared y calculó cuánto le quedaba de día. Saludó al loro verde como todas las mañanas: "Un autre jour, capitaine" y comenzó a conversar sobre la nueva idea que se le ocurrió para una pintura. Al mediodía, mientras la sirvienta recogía los trozos de papel rotos y cuadernos destrozados del suelo, el artista contemplaba su nuevo lienzo en blanco. Rascó su barba, pensativo. Derramó los óleos sobre la paleta y mojó su pincel en aceite de lino. Dos horas después, cuando Luan le puso el plato de yuca y arroz en la mesa, el lienzo seguía en blanco. Lavigne tiró con fuerza de su pelo ocre y maloliente. Como ocurría siempre, sus ideas no cobraron vida en el lienzo. Luan preguntó si quería algo más. Thibault alzó la mirada y agarró su mano, dura como la de un hombre.

El reloj tocó las tres de la tarde cuando la sirvienta se puso de nuevo el vestido y retomó sus quehaceres. El artista bajó hasta el jardín con el bastidor y el lienzo en las manos. Cubierto por la sombra de las palmeras, comenzó a pintar el árbol de mango que yacía en el jardín. Dibujó su silueta y aplicó el azul intenso, el blanco, el verde de las hojas y el rojo de los mangos maduros. No había colores así en Francia. Pensó en su patria y en sus viejos conocidos. Esa isla no contaba con periódicos formales y apenas llegaban noticias del mundo más que por barco. No fue hasta recibir una carta de su hermana en la que Thibault se enteró de que su país estaba en guerra y que sus tres hermanos habían marchado a luchar contra los boches. También le imploraba que no gastase su herencia en estupideces y que volviera a su casa, que alguien debía hacerse cargo de la familia. No redactó respuesta, pues la verdad era que no tenía ningún interés por saber nada de su país. Años atrás, cuando llegó a aquella isla, se propuso no regresar sin una verdadera obra de arte para exponer en París, ni sin una novela con una historia jamás contada por los franceses. Recordó con melancolía aquellos días en los que llegar a la isla Guadalupe significaba una nueva esperanza para convertirse en el artista que siempre había deseado. Irónicamente, en aquellos días sombríos, la isla se había vuelto igual de insoportable y vacía que el interior francés.

Pronto atardecería. Bajo su orden, Luan posó la jaula del loro a su costado, y Thibault conversó con él por dos horas sobre aquellos días que era un marino, disfrazando la monotonía del trabajo en la mar por aventuras que solo un loro podía creerse. Detuvo sus pinceladas y miró su obra. "Una absoluta basura", bramó. No había captado bien los colores y el árbol era demasiado pequeño. La pintura no se había mezclado bien.

Abrumado por la frustración, abandonó su obra. Recordó las palabras terribles de sus críticos en Francia "Usted pinta peor que un bebé, al menos a ellos se les puede llegar a entender". Por años interpretó aquello como palabras de críticos amargados que solo sabían juzgar el arte y no crearlo. Para su horror, quince años después, se le ocurrió que quizás aquellas palabras estaban cubiertas de verdad. "Ellos tenían razón...¿La tenían? ¿Acaso la tenían?" preguntó al loro. Sin obtener respuesta, el señor Lavigne se puso las alpargatas junto el sombrero de paja, y echó a caminar con tal de aprovechar las últimas horas de sol. Absorto en su complejo de incompetencia, subió una colina sin fijar la mirada en nada más que sus pies sobre la hierba punzante. Se sentó en un tronco seco y observó el sol dorado sobre las aguas del caribe, que lanzaba pinceladas anaranjadas en las colinas orientales de la isla y el agua cristalina. Otro día acababa sin una nueva obra de arte, sin una nueva idea para su novela y sin una nueva esperanza. Se estremeció de pánico cuando se percató de una abominable verdad.

– ¡Mierda! ¡Pero si ya han pasado siete años!

Despertó mucho más tarde la mañana siguiente, cuando las larvas cantaban al calor del mediodía. Los rayos de sol penetraban con fuerza por las ventanas. Monsieur Lavigne se encerró en su desván con una taza llena de granos de café sin moler que masticaba mientras se enfrentaba a una página en blanco. Anclado en su silla y con los brazos apoyados en la mesa de ciprés, retaba con la ceja levantada a la máquina de escribir. No estaba de humor para pintar como un niño, pero sí para plasmar su imaginación con palabras. Llevaba años queriendo escribir una novela de aventuras, lejos de Francia y del viejo mundo. Creía con ferocidad que nadie quería seguir leyendo romances de la alta sociedad, ni comentarios sociales ni moralejas burguesas de mal gusto, ni aventuras de escritores que nunca abandonaron su provincia y no, nadie quería saber nada más de la abominable París. Imaginó cómo empezaría de nuevo la novela que soñaba escribir desde que era un niño en la campiña. Meditó en silencio sobre el mar. Luan había limpiado las cenizas del borrador anterior y contaba con un nuevo suministro de papel. Miró por largo rato a la hoja en blanco insertada en la máquina de escribir. Viajes en barco, un héroe que debe encontrar una tierra desconocida, criaturas fantásticas, marineros traicioneros y romances llenos de pasión.

Parecía más claro que el agua del caribe. Lo tenía, esta vez la escribiría. Sus manos esqueléticas se posaron en las teclas de la máquina, dispuestas a que sus ideas cobrasen vida. Cuando Luan puso el almuerzo sobre la mesa, el artista se encontraba desplomado en el suelo con los restos de papel esparcidos por el piso. El plato de arroz y elote fue invadido por moscas cuando, muchas horas después, el sol se ocultó en el mar. Thibault permaneció en el suelo, casi inconsciente por el llanto

frustrado, y dolorido de estampar sus nudillos contra su rostro.

Los siguientes días transcurrieron de manera casi invariada, donde lo único que pudo producir fueron más lienzos rotos y páginas partidas en un centenar de trozos. Por largas horas, se escapaba al mar y deambulaba en el agua sin objetivo alguno, con el humor agrio a causa de la falta de opio. Cuando los lugareños se paraban para preguntarle si estaba bien, puesto que caminaba en la orilla con el semblante ausente y sin otra prenda que su viejo pantalón de marinero, este respondía que se preocuparan de sus vidas insignificantes o, si estaba de humor, simplemente no respondía, o, en arranques de lo que puede interpretarse como locura, profesaba que el tiempo se acababa. Los lugareños no tardaron en reconocerlo como el pobre señor desquiciado de la metrópoli. Otros días no abandonaba su cama flaca y aguada, mientras que en otros buscaba la inspiración en las curvas de su sirvienta y en su piel oscura sin que ella cuestionara sus métodos. Aun así, la inspiración no llegaba. En una de esas noches en la que la joven africana dormía a su lado, el pensamiento más atroz se cruzó por la mente de Lavigne: quizás él no era un artista después de todo. Ya no contaba con opio para retener a esa aterradora realidad, así que se aferró al cuerpo de su amante.

En una mañana más caliente de lo habitual, observaba al árbol de mango agitarse por el viento, sentado en el pequeño porche de la casa. Su sirvienta puso una carta sobre sus manos. En su sobre relucía el sello rojo de Clermont. Al romperlo se encontró con nueve páginas de acusaciones e insultos cubiertos de formalidades. Su querida hermana Delphine, a la que al parecer los años habían curtido, le explicaba en letra impecable la situación familiar. Dos de sus hermanos habían muerto, uno de sífilis y el otro en el frente. Exigía que su hermano mayor dejase de gastar su herencia en estupideces y viajes exóticos y que regresase cuanto antes a Aurvegne. Le llamaba querido hermano al mismo tiempo que cobarde y egoísta, loco y desagradecido con su familia. Una vez llegado al final de la carta, la última confesión de su hermana le volcó el corazón, tanto que no pudo evitar llevarse la mano a la cara. Thibault dobló las páginas y las volvió a insertar en el sobre. Luan, al ver que la carta había perturbado a su amo, dobló su vestido y se sentó a su lado. Le miraba esperando que le dijera algo, pero el artista no articuló palabra. De modo que fue ella quien tomó la iniciativa. Quiso saber qué ponía en la carta, que si era otra de esas que le imploraban que volviera. Le preguntó con evidente preocupación si de verdad pensaba volver, que no podía dejarla sola y sin trabajo, que allí ella sola no tenía futuro. Como si el francés le hubiera dicho que sí se iría, la sirvienta le imploró casi al borde de las lágrimas que no se fuera, repitiendo con creciente insistencia que haría todo lo que él le pidiese. Él permaneció en silencio.

– Trae a mis pinturas y al loro– fue su única respuesta.

Dos tardes después, Lavigne trazó la última pincelada de su nueva pintura. La sirvienta la contempló con asombro. "Pero si es el árbol de mango" decía cada vez que alternaba su vista entre el lienzo y el jardín "Son los mismos colores, ¡lo ha hecho! ¡El señor hizo arte!" Thibault dejó escapar una risa y Luan le imitó, pensando en su ingenuidad que la risa era siempre un resultado de la felicidad. Su amo volvió a reír y le recordó que ella no sabía nada de arte, que jamás había estado ni estaría en París, que ni siquiera en sus sueños podía imaginarse lo que era una verdadera obra y que, si bien agradecía sus elogios ignorantes, dejara de decir estupideces.

Y así fue, Luan no volvió a hablar sin que él se lo pidiera. No significó ningún inconveniente para su amo, puesto que él disfrutaba hablarle por horas de historia, de la literatura francesa y arte, sin que ella contestara, como su loro. Mencionaba con frecuencia la academia de bellas artes en la que lo rechazaron y la otra a la que no consiguió entrar por culpa de su familia. "Y me insistían que me convirtiera en un notario o un abogado" reía con furia "¡Yo! ¡Un notario!". Hablaba por horas de la mujer con la que iba a casarse, pero no lo había hecho porque eso significaría vivir una vida normal y no la vida auténtica de un hombre libre, algo que había aprendido leyendo a un tal Soren Kierkegaard. Luan suspiraba y giraba los ojos con fastidio, pues en sus casi ocho años en aquella casa chillona, siempre volvía a contarle las mismas historias. Jamás se preocupó por saber nada de la única persona con la que entablaba relación aparte de las prostitutas del puerto cercano y los baristas de las cantinas. Y el loro, ese condenado loro. Luan podía ser ignorante, pero nunca logró comprender por qué Lavigne, siendo un hombre de buena familia, decidió por su cuenta hundirse en la miseria, en aquel mundo paupérrimo en el que ella había nacido.

"A cuánta gente le gustaría estar en tus zapatos" pensaba ella siempre que él la saturaba de sus quejas.

En la hora en la que solía pasear a Capitán Dumas en las afueras de la casa, rondaba las plantaciones de azúcar y las palmeras de la costa. Le decía que la ciencia y la religión eran basura, que la vida no tenía sentido ni propósito sin el arte. El animal giraba la cabeza y picoteaba los barrotes de la jaula mientras Lavigne expresaba todo su resentimiento a los artistas reconocidos, a los escritores, a los hijos de la gran puta de Hugo, Balzac y Flaubert, a los pintores y escultores academicistas que gozaban de la fama que él jamás tendría creando obras sin alma. Pero concluía que al menos ellos creaban algo, motivo que aumentaba su odio. En todas sus vueltas de pensamiento que manifestaba al perico, llegaba a la misma conclusión. Permanecía en silencio por largas horas, apoyado en una palmera o desplomado de horror en la arena. "Tengo miedo de que no me quede nada por lo que vivir", confesó al loro "Me aterra el hecho de haber perdido la sensibilidad. No consigo ver nada con el encanto de antes". Pensó en los años perdidos. Que absurda era la vida, que ridículo era

Thibault Lavigne. ¿Porqué pretendía ser alguien que no era? ¿Por qué no podía simplemente dejar de soñar con ser un artista, dejar de buscar una vida auténtica y significativa? No, no, quizás su destino era ser uno más, una unidad más que algún día moriría y nadie recordaría.

—Maldito loro, idime qué debo hacer! El Capitán Dumas puso su ojo de canica en posición a los de su amo. Fue allí, en su octavo año en aquella isla del caribe, en el que Thibault Gérôme Lavigne comprendió la triste realidad, y acto seguido regresó a su escritorio más tarde de lo habitual. Puso sobre la mesa de ciprés una vela, un lápiz de carbón sobre su papel amarillo y, cuando aclaró el nudo que oprimía su garganta, escribió a su hermana. No durmió en toda la noche. Al asomarse el sol, caminó al puerto y llevó la carta al último buque americano. Observó unas nubes que se asomaban en la lejanía y le notificaron que el barco zarpaba mañana a primera hora. Con un francés detestable, el capitán le dijo que iba a ser imposible llevar la carta a Francia, ya que los alemanes habían infestado el atlántico con submarinos y tenía orden de evitar viajes a Europa. El francés insistió más de lo que haría un hombre razonable. “¿No ha oído lo que pasó con el Lusitania?”, preguntó el capitán irritado. “Le estoy diciendo que va a tener que buscar un barco francés o inglés si quiere mandar esa maldita carta. La única manera de que yo la lleve será si usted viene y se queda en la Habana para que se busque la vida. Allí sobran los barcos franceses”.

De vuelta en su propiedad, subió las escaleras ruidosas y llegó a su cuarto, donde fue recibido por los gritos del perico. Abrió su armario agujereado y sacó todas sus camisas rotas, su maleta, el antiguo uniforme marineroy las pocas pertenencias que poseía: un antiguo catalejo, un sombrero australiano y una foto de sus hermanos. Los recuerdos lo llevaron de vuelta a su infancia, en la que gozaba la fama de ser el más soñador de la familia. Con el corazón encogido, ordenó sus posesiones y las contrajo en su maleta carcomida y cubierta por el polvo. Luan abrió la puerta y Lavigne la miró con molestia. Ella se disculpó diciendo que no sabía que se encontraba allí, no con la inocencia de siempre, si no con una frialdad aterradora. Miró la maleta a medio hacer y preguntó si iba a ir a alguna parte.

—¡Oh, no! A ninguna parte, tan solo hago la maleta por afición ¿Qué crees, idiota? A Francia. Mi hermana está enferma y pienso alistarme al ejército. Hace dos años estamos en guerra, por si no lo sabías ya... ¿Qué digo? Obvio que no lo sabes...La frialdad de la sirvienta se esfumó. El pánico dominó su semblante.

—Pero... pero... eh...usted me dijo que...—No te dije nada, tan solo que me trajeras las pinturas. Me voy, ¿no te alegras?— ¡No! Thibault, iyo lo amo! ¡Si se alista va a morirse!— Ella agarró su mano, pero él la apartó

enseguida. Ella le recordó que lo amaba con todas sus fuerzas.

–Amas que te dé trabajo. Seré ridículo, pero no ingenuo como tú. Me voy mañana por la mañana. Dejaré que el banco se quede con la casa. Si preguntan por el dueño, diles que he muerto.

Luan no pudo frenar más la furia que llevaba acumulada hacía ocho años. Empezó a gritar le que él no podía hacerle eso, que ella había satisfecho todos sus deseos como una ramera. Le dijo que, sin él, ella moriría de hambre, que tan solo podía mandar dinero a su familia gracias a él, que no tenía derecho a abandonarla sin previo aviso.

Él omitió toda culpa o responsabilidad y le dejó claro que ella era su empleada, no su mujer, y que no tenía derecho a demandar nada. Rebosante de ira, Luan le gritó que le odiaba con todas sus fuerzas, que lo había estado ocultando todo este tiempo. Odiaba sus pinturas, su falta de empatía, las ideas estúpidas de sus novelas y que cada vez que destruía algo, le daban ganas de estrangularlo. Aborrecía que la tratase como una tonta que nunca había salido de su isla y no tenía ni idea de nada. Thibault hizo caso omiso a sus súplicas y, por mucho que quiso, no consiguió sentir pena por su sirvienta.

Siguió ordenando su equipaje a pesar de todo, ella rompió a llorar acorruándose sobre sus rodillas. Suplicó hasta que su amo cerró los cerrojos de su maleta. Él se acercó y puso la mano en su hombro. Ambas miradas se cruzaron. No quedaba nada que decir. El francés subió las escaleras y se adentró a su despacho, pasó por los muebles rotos y libros esparcidos por el suelo. Vio la pintura del árbol de mango en el otro extremo de la habitación, recostada en la ventana. La cargó entre sus brazos, luego agarró la máquina de escribir y los cuadernos que llevaban grabados todos los apuntes de sus historias desde que era niño, las que nunca acabaría y que nadie conocería más que él. También las libretas que contenían todos sus dibujos y los recuerdos de sus viajes por el océano y África. Bajó las escaleras y llegó al porche. Las nubes grises lejanas de la mañana ahora cubrían el cielo, sin dejar ni un hueco azul de por medio. La suave brisa rugía en forma de viento feroz. El árbol de mango y las palmeras se agitaban hasta el punto de parecer que iban a desprenderse del suelo. Armado con la pala del jardín, empezó a cavar una tumba. Cuando colocó las únicas creaciones que conservaba de aquellos ocho años en la fosa, el artista empezó a llorar. Su llanto aumentó a medida que sus creaciones iban siendo engullidas por la tierra. No pudo aguantar el dolor y tuvo que detenerse. Le dolía el cuerpo como a un hombre que muere lentamente. Temblando de agonía, retomó su cometido. Las obras de su vida, las únicas que habían sobrevivido a sus ataques de ira, pasaron a formar parte del jardín.

Volvió a su cuarto dejando un rastro de tierra a su alrededor. Sacó al loro de su jaula y este clavó las garras en sus manos. Abrió la ventana y, tras



una última mirada de su mascota, esta arrancó a volar. La silueta verde se perdió entre las palmeras. Lavigne estuvo seguro de que jamás en su vida viviría una despedida tan dolorosa como aquella. Agotado de dolor, se recostó en aquella cama y esperó al último día que pisaría la isla Guadalupe. Las moscas y los mosquitos se posaron sobre él nuevamente, pero esta vez no opuso resistencia. Thibault Lavigne no tan solo olía a muerte, esta vez había muerto.